

Manuel Vázquez Montalbán

El pianista

1985, reedición de 2009 para el diario *Público*

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 07/11/2023
Número de páginas: 4
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Manuel Vázquez Montalbán

El pianista

1985, reedición de 2009 para el diario *Público*, Colección Vázquez Montalbán.



Una novela de Vázquez Montalbán de perfil melancólico, tanto por el desencanto de la progresía ochentera, como por los perdedores de la guerra en los amiseriados años cuarenta y, en un tercer nivel temporal, por los jóvenes becarios en París que deben abandonar sus sueños para comprometerse con una guerra problemática y con pocas esperanzas a la larga. Una novela triste, pues, aunque con cierta ironía con la marca del autor. Algunos la leyeron como una novela policíaca, de investigación, pero sin el personaje Pepe Carvalho habitual, en otro grado de esa misma investigación, que se va desvelando a partir de un relato con el tiempo invertido, desde los años ochenta a los años cuarenta para culminar en el verano del golpe de Estado y la guerra civil española de 1936, en donde al fin se descubren las claves del tiempo posterior.

Sólo nos encontramos a mitad de la novela con la figura del Nadador en los recuerdos de un joven en la guerra, Andrés Larios, que le cuenta al pianista Alberto Rosell, a quien le están sus vecinos buscando un piano para que pueda ejercitarse en su arte, pues recién acaba de salir de la cárcel después de unos años de condena tras la guerra civil. Son los perdedores de la guerra, los vencidos, que se cuentan sus cuitas en el terrado de su casa humilde barcelonesa y, de terrado en terrado, van hacia el número inicial de la calle en donde vive una muchacha con su madre que tiene un piano en su casa... Un encuentro singular que iniciará la tercera parte de la novela, los recuerdos de juventud de la muchacha y el pianista que los lleva a su juventud en París, en donde se habían conocido.

NADANDO EN LA DESGRACIA

Y en un momento de esas tertulias y conversaciones, de terrado en terrado, Andrés Larios evoca el momento de la guerra en el que le capturan los nacionales y lo van a tratar como prisionero republicano. En un breve fragmento se capta ese drama de su propia juventud, dirigiéndose a Alberto Rosell, el pianista, el nuevo vecino llegado a aquella humilde casa de vecinos, y al que todos reconocen como uno de los suyos y respetan...

Don Alberto, ¿sabe usted qué música he tenido durante toda la guerra en la cabeza? En los peores momentos, cuando estaba muerto de hambre, de cansancio o de miedo, yo tarareaba las danzas de *El príncipe Igor* de Borodin. Caía la gente muerta a mi lado y yo estaba en si me cago o no me cago y venga con las danzas de *El príncipe Igor*. Tararí tararí tararí rarí, rarí rarí rarí, rarí rararí rarí. Nos cogieron cuando íbamos perdidos después de cruzar un río a nado, cargados con el tabardo, y bien que hicimos, porque aquel tabardo fue la única manta que tuve durante el invierno siguiente y nos cogió una patrulla con un oficial de esos “africanos” al frente, un legionario cabrón que preguntó: A ver, los voluntarios. Y dos de los chicos que iban conmigo eran voluntarios. Mira, les dieron una paliza que chorreaban sangre por las orejas y la boca y los hijos de puta iban gritando: tomad, para que os vayáis otra vez a defender a Stalin por gusto. Yo me dirigí al cabrón aquel y le pedí que tuviera un poco de humanidad y entonces empezó a patearme y algo apuntó en la ficha, porque el estigma de rebelde me persiguió luego durante la estancia en los batallones de trabajadores, en los campos de concentración, en la mili que tuve que repetir y cuando estaba en los campos, vergajazo que se escapaba, vergajazo que recibía Larios. A ver, decía cualquier chulo de mierda de aquellos, a ver ¿quién ha sido el más rebelde de la semana? Larios. Siempre Larios. Cogía un vergajo, como esas porras de goma que lleva la policía, pero sin la armadura interior, y dale que te crio, quince, veinte golpes. ¿Vosotros me habéis oído gritar? Ni vosotros, ni ellos. Yo conectaba las danzas de *El príncipe Igor* a todo trapo y tararí tararí rarí... Es una música que me eleva. Me hace, no sé, subir como si flotara.

¿Verdad que sí, señor Alberto?
(p.125).

Una sencilla evocación, casi naif, de una realidad terrible que ha transformado y trastocado la vida de todos, y que un joven que la sufrió recuerda dignificada por un fragmento musical que le vuelve a la cabeza en presencia de otro joven músico tan desgraciado como él, pero cuyo arte musical, en este caso, ha sobrevivido a la desgracia. Y de ahí el respeto que se manifiesta en el tratamiento deferente del joven nadador.

